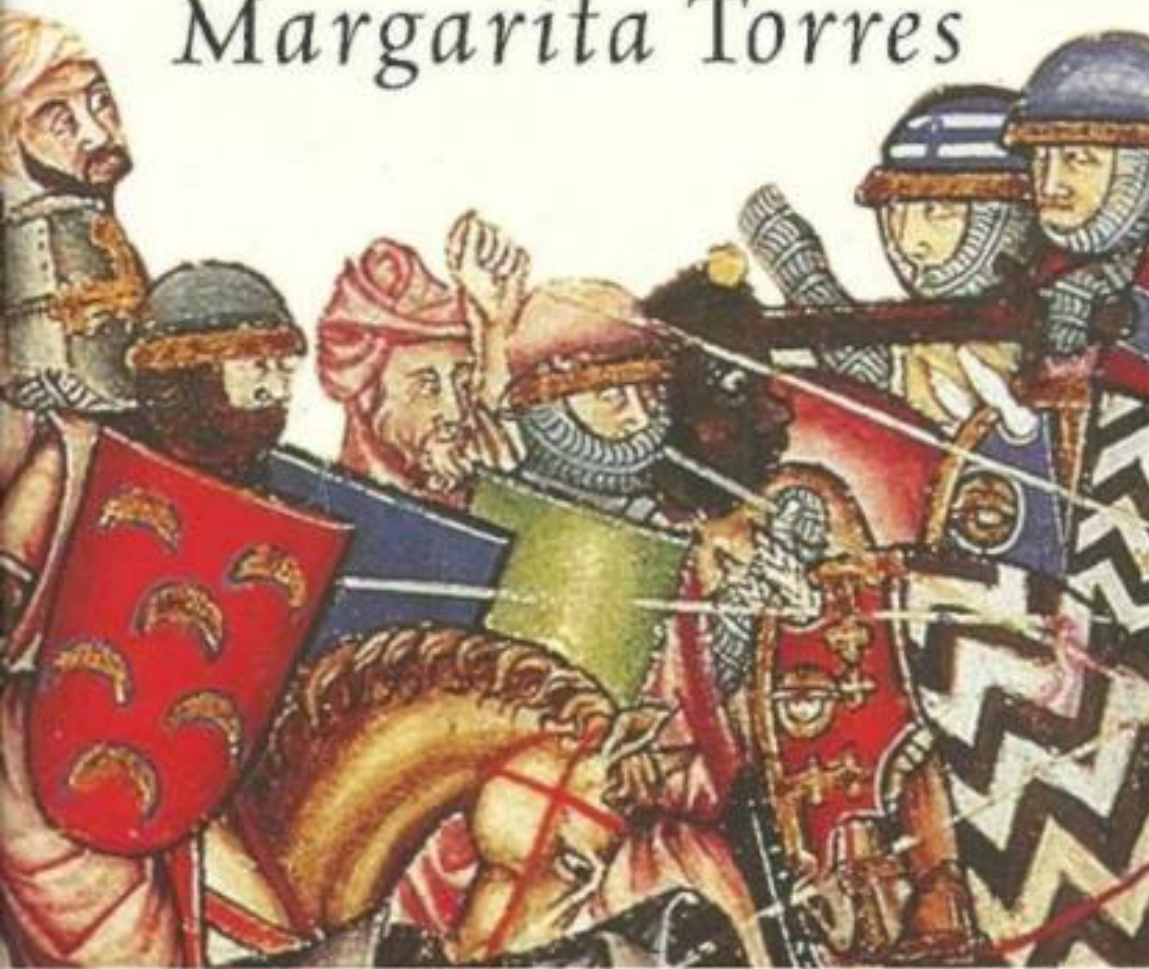


Margarita Torres



ENRIQUE
DE CASTILLA

PLAZA JUANES



Annotation

Si hay un personaje histórico al que las intrigas palaciegas quisieron destronar y anular, ése es Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X el Sabio. Príncipe, poeta, mercenario, hombre de fama y de altos valores unidos a poderosos defectos, don Enrique fue un infante que se vio forzado a cambiar el rumbo de su vida por los celos de un hombre tan aclamado por la historia como Alfonso X el Sabio, sin cuya intervención ninguno de los sucesos que aquí se relatan habría ocurrido. El resultado es una vida llena de aventuras, intrigas, honor y traiciones en la que el infante don Enrique de Castilla buscó conquistar una corona con la fuerza de sus manos, el acicate de su ingenio y la lealtad de su mesnada. Su nombre y sus gestas fueron conocidos por todas las cortes de la convulsa Europa medieval, y en su honor se compusieron trovas y leyendas. En este libro es el mismo infante don Enrique quien nos narra su vida. Pero no se confundan, porque salvo algunos diálogos y mínimas ambientaciones, cada dato puede rastrearse en crónicas y documentos vaticanos, napolitanos, ingleses y españoles; o en evidencias arqueológicas de Roma, Londres, Sevilla y Burgos. Bienvenidos al siglo XIII.

MARGARITA TORRES

Enrique de castilla

Random House Mondadori, S. A.

Sinopsis

Si hay un personaje histórico al que las intrigas palaciegas quisieron destronar y anular, ése es Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X el Sabio. Príncipe, poeta, mercenario, hombre de fama y de altos valores unidos a poderosos defectos, don Enrique fue un infante que se vio forzado a cambiar el rumbo de su vida por los celos de un hombre tan aclamado por la historia como Alfonso X el Sabio, sin cuya intervención ninguno de los sucesos que aquí se relatan habría ocurrido. El resultado es una vida llena de aventuras, intrigas, honor y traiciones en la que el infante don Enrique de Castilla buscó conquistar una corona con la fuerza de sus manos, el acicate de su ingenio y la lealtad de su mesnada. Su nombre y sus gestas fueron conocidos por todas las cortes de la convulsa Europa medieval, y en su honor se compusieron trovas y leyendas. En este libro es el mismo infante don Enrique quien nos narra su vida. Pero no se confundan, porque salvo algunos diálogos y mínimas ambientaciones, cada dato puede rastrearse en crónicas y documentos vaticanos, napolitanos, ingleses y españoles; o en evidencias arqueológicas de Roma, Londres, Sevilla y Burgos. Bienvenidos al siglo XIII.

Autor: Torres, Margarita

©2003, Random House Mondadori, S. A.

ISBN: 9788401305214

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 25/01/2019

Margarita Torres

Enrique de castilla

© 2003, Margarita Torres

© 2003, Random House Mondadori, S. A.

ISBN; 84-01-30521-7

Depósito legal: B. 42.226 — 2003

*Dedicado a mi abuelo Silvestre
y al propio don Enrique,
que despertó mi interés adolescente en Murcia*

... Concluyo, pues (volviendo a la primera cuestión acerca de si vale más ser amado que temido), que como los hombres aman por su voluntad o por capricho, y, por el contrario, temen según la voluntad del que gobierna, un príncipe prudente no debe contar sino lo que tenga por sí mismo; pero, sobre todo, cuide, según ya tengo advertido, de hacerse temer, sin llegar a ser odiado...

MAQUIAVELO,
El príncipe, capítulo XVII

AGRADECIMIENTOS

EL CAMINO que culmina con la presentación de un libro es largo, a veces demasiado costoso, pero siempre excitante. Al menos para su autor, aunque quizá no tanto para aquellos que se encuentran a su lado y se convierten en sus más firmes apoyos durante el viaje.

Por eso quisiera expresar mi gratitud a todos ellos, comenzando por mi familia, especialmente mi madre, que se conoce la vida del infante castellano casi tan bien como él mismo, de tantas veces que la ha leído y comentado conmigo.

Un recorrido que debe incluir a D.^a Isabel Belmonte, que también ha sufrido de las hazañas y logros del príncipe con el que hemos compartido duras jornadas de luchas.

Y los compañeros, que han conservado la paciencia durante estos meses demostrando que son verdaderos amigos.

No quiero olvidarme de la propia editorial, especialmente de dos personas: Ángel y Raquel. Gracias por confiar en mí y concederme la oportunidad de rescatar del olvido la memoria de un hombre que rio conoció otra patria salvo su espada: don Enrique el Senador.

Bienvenidos al siglo XIII.

León, 13 de agosto de 2003

Castilla

(1230-1255)



Hijo de rey

NO TENGO miedo a los años, ni a la vejez, aunque si pudiera elegiría morir en batalla, a manos de un enemigo digno, y recibir sepultura junto a mis antepasados. Sin embargo, a pesar de tantos buenos deseos, creo que ambos sabemos que terminaré desangrado en cualquier duna de Túnez. O cautivo en una fortaleza, rumiando el paso del tiempo, desesperado ante una suerte que el maldito cabrón de Alfonso eligió por mí, con la inercia del tahúr, en una despreocupada tirada de dados.

Noble Karima, cuando veníamos hacia este lugar solitario me abriste tu corazón antes de preguntarme qué papel tendríamos los dos en la rueda de la vida. La respuesta debes escucharla de tus propios labios, tal dictan las leyes de la cortesía. Más para que la lid se convierta en justa lucha, hemos de combatir con armas similares. Sólo entonces podrás juzgar qué es lo más conveniente para nosotros.

Sé que lo harás con sabiduría, mi señora, porque el destino de un hombre debe confiarse a las damas. A partir del momento en el que nos regaláis el don de la existencia y hasta que vuestra mano cierra nuestros ojos por última vez, os pertenecemos. De niños amamos a la que nos concedió el ser, de jóvenes os deseamos como mujeres, y, cuando los años doblan nuestro valor, buscamos en vosotras una caricia amable de la diosa que sostiene al débil, mientras alzamos la mirada hacia la Virgen, protectora y de nuevo madre.

Nada poseo, ¿qué te puedo ofrecer? Sólo algunos vagos recuerdos que valen tanto como los sueños de un pobre mercenario cristiano al servicio de un príncipe musul-

mán: nada. A cambio tú me regalas esperanza, pero antes de aceptarla debo cumplir un juramento. Ése será mi destino hasta que consiga una corona, porque así se lo prometí a una mujer. Y no deseo otra gracia que conservar la vida cada jornada esperando que nazca el día en que pueda volver a ella, aunque deba aprender a caminar junto a mis propios fantasmas.

Quizá la remembranza me cause turbación o dolor. Es cierto. Jamás he sido cobarde, por eso no me esconderé detrás de ellos para ocultarte los sucesos que marcaron mi existencia hasta que arribamos a estas costas. Unas tierras que nunca serán mías, pero que defendiendo con la espada en nombre de tu padre, sayyida. No siempre fue así... Antaño protegía el honor de la cruz, no anhelaba otras hazañas que las del Buen Caballero y mi nombre se respetaba en otros reinos.

Permíteme ahora que me sienta a tu lado, si te place, y volvamos juntos a Castilla. Comprobarás que mi destino lo han escrito las mujeres, y por qué las heridas que de ellas he recibido convirtieron en bermejas todas mis armas.

Mis ojos vieron la luz en el castillo de Muñó, en la tierra de Burgos, la víspera de las calendas de marzo de la era 1268 y de la encarnación de 1230.¹ Los caballeros más ancianos bromeaban con la puntualidad de mi venida al mundo y la coincidencia ese mismo año de la muerte del soberano de León, padre de mi padre. Una circunstancia que le facilitó el camino a la corona que, por sangre y masculinidad, le correspondía.

Sola, como en la mayoría de sus partos, madre acudió buscando protección y afecto al lado de doña Berenguela, hija de Alfonso, el monarca que venció a Miramamolín en la jornada de las Navas, la mujer por cuya iniciativa había venido a nuestras tierras para desposarse. Una dama que había renunciado al trono a favor de mi señor padre, que por-

tó sobre sus sienes, gracias a su generosidad, una doble diadema real: Castilla y León.²

Entre las dos discutieron un nombre adecuado para un príncipe nacido en cuarto lugar entre los varones. Mi hermano mayor, Alfonso, entonces un niño de casi nueve años, sugirió que no derrocharan un tiempo precioso conmigo: le parecía demasiado enclenque para sobrevivir. Furiosa, doña Berenguela le cruzó la cara, reconviniendo su malquerencia en público.

En ese mismo momento decidió llamarme Enrique, como su abuelo, el conde de Anjou, soberano de Inglaterra. El hombre que por amor desafió al monarca de Francia cortejando a su reina, Leonor de Aquitania, cuya belleza e inteligencia cautivaron su espíritu durante la segunda cruzada en Ultramar.

Madre, que era muy afecta a signos y profecías, anunció que la noche anterior al parto un sueño turbó su descanso. Veía en él al hijo que portaba en su vientre convertido en un adulto llamado a realizar notables hazañas, en boca de trovadores, conocido en todas las cortes de Europa, amigo del Papa y del emperador, defensor de la fe, conquistador de los Santos Lugares. Por eso decidió que en mis armas, además de la señal de Castilla, debía mostrar al mundo una cruz, la misma que portaba el Buen Caballero Galaz, a quien Dios, según la leyenda, había señalado como el único digno de encontrar el Sagrado Grial. Y así, sin saberlo, añadí una nueva ofensa a la cuenta del heredero al trono.

Unas jornadas más tarde, cuando la reina se encontraba lo suficientemente repuesta para asistir al evento, el santo padre Egidio me abrió el camino del creyente bautizándose en Burgos. Antes recibieron la bendición del agua Alfonso, el primogénito, y después de él Fadrique, a quien se impuso un nombre extraño en Hispania que marcó el rumbo de sus días uniéndole a la sangre de los Staufén, nuestros parientes germanos. Meses más tarde llegó el ter-

cero de los varones, Fernando, y con él uno de los sucesos enigmáticos que cantan los juglares y trovadores de la corte y que Alfonso llamaba el milagro de Cuenca.

Cuenta la historia que el monarca acababa de tomar la ciudad de Capilla y rogó a madre que acudiera a su lado. Partieron hacia Cuenca pero, al llegar a esta plaza, cayó gravemente enferma. Los médicos de la corte apenas concedían un plazo mayor de una semana a su vida. Incluso el sabio de Montpellier, hábil en todas las artes de la sanación, sentenció a doña Beatriz y apuntó su dedo acusador hacia padre, que había forzado a su esposa a ponerse en camino sin encontrarse del todo recuperada de un parto especialmente dificultoso. Los hombres de armas no entienden de ciertas razones, y, conociendo al señor de Castilla, comparto la opinión docta de aquellos que murmuraban de su temeridad.

Cuando la reina se sintió morir rogó a una de sus damas que le trajera una imagen de Nuestra Señora hecha en metal que le acompañaba desde que abandonara su patria. Según la leyenda su tacto fue el último que acarició su padre, Felipe, emperador de los romanos, antes de ser asesinado traicioneramente en Bamberg. Al menos eso contaba madre, y así se lo había relatado su nodriza cuando niña.

Declaró doña Beatriz que en la Virgen encontraría remedio a sus males, ella la salvaría. Se abrazó a la figura, besó sus pies, sus manos, lloró confiada en la bondad de aquella que vela por nosotros. Un viento frío se abrió camino en la estancia donde yacía y cuentan los más viejos de la corte que se escucharon unas suaves palabras de mujer, tan dulces que reconfortaron el ánimo de todos los presentes. La reina sonrió feliz y, de pronto, su cuerpo dejó de sudar herido por las fiebres que lo devoraban, abrió los ojos débilmente y pidió un poco de agua. Los médicos se arrojaron a su vera, peleando entre sí por adivinar qué extraño milagro acababan de presenciar que escapaba a su

ciencia. Pálido, el señor de Castilla cayó de rodillas aferrado a la mano de su esposa llorando como un niño.

«Y yo estaba presente cuando Santa María guardó a la reina Beatriz de una gran enfermedad porque adoró su imagen con esperanza», se preciaba ufano el pomposo de Alfonso, como si tal fortuna fuera una señal más del Altísimo que jugaba a que todos creyéramos que Dios Nuestro Señor le había elegido desde el origen de los tiempos para salvar nuestra patria de todas las amenazas.

Muchos maldicientes criticaron el excesivo ardor del soberano y sugirieron que madre dejara de acompañar a su esposo en las campañas o perdería la vida en uno de los cada vez más difíciles partos que minaban su salud y empalidecían su rostro, ya por natura mortecino. Así fue. Entregó su alma a Nuestro Señor en el castillo de Toro, un 5 de noviembre del año de la encamación de 1235. Recuerdan sus damas que pidió entre delirios que le trajeran a sus hijos para verlos antes de partir. Mas sólo pudieron complacer su voluntad en parte, ya que allí estábamos los vástagos menores: Femando. Felipe, Sancho. Manuel y yo. Uno tras otro nos auparon hasta su lecho aquellas mujeres vestidas de luto, arrasados sus rostros por las lágrimas de una tristeza que nunca he sabido si fingían sentir o realmente brotaba de sus almas, porque los recuerdos de un infante se confunden a veces con los sueños.

La reina Beatriz besó a Femando, su «hijo del milagro» como le llamaba; a Felipe, destinado a la mitra papal según las señales de su nacimiento; a Manuel, que vengaría la muerte de Cristo con la fuerza de su espada. A Sancho, señalado por el arzobispo de Toledo como la futura gloria de la Iglesia peninsular.

—Ven aquí también tú, mi pequeño Galaz³—pidió con un hilo de voz. La nodriza me acercó a su lado—. Sé que recibirás todas las bendiciones de Dios y te convertirás en el modelo que cualquier caballero querrá imitar. Derribarás todos los obstáculos que se alcen a tu paso si consigues

vencer las tentaciones del mundo. La mano de Nuestro Salvador te protege. Toma —me entregó una pequeña cajita de marfil de factura musulmana—. Guárdalo cuando me haya ido.

Sus manos, heladas, perdieron fuerza entre las mías. Cuentan los entonces presentes que grité de dolor, aunque los quejumbrosos lamentos de las plañideras acallaron el pesar de un niño demasiado pequeño para comprender la importancia de los sucesos a los que había asistido. Una terrible realidad que continuó días más tarde cuando su cuerpo recibió sepultura en el monasterio de las Huelgas de Burgos. Mi padre conoció la noticia cercandó Úbeda, más, puesto que a un príncipe no le conviene mostrar su dolor en público, culminó la empresa, ganó la plaza y, desde allí, regresó a Toledo.

Los años que se siguieron hasta la adolescencia crecí en las tierras de don Pedro Gómez, a su cuidado y al de su esposa, doña Teresa Fernández, tutelado por Juan Marcos, el ayo que ambos destinaron a mi crianza por indicación del rey.

Realmente no fue este caballero el elegido por nuestros padres como amo, sino don Egidio, o don Gil de Torres, como le llamábamos conforme a la costumbre popular de Castilla, mi verdadero protector. Pero un buen día el Pontífice consideró oportuno nombrarle cardenal en Roma, con el título de diácono de los Santos Cosme y Damián, y desapareció de mi vida con la misma discreción con la que había entrado. Así, gracias al Papa, perdí el amparo de un eclesiástico leonés y gané el de un familiar suyo, don Pedro, amén de la permanente vigilancia de todo un padre de la Iglesia que rezaba por su pupilo desde la lejana Italia.

Pronto se sumaron nuevos compañeros de juegos a aquellos días oscuros de la infancia: mis hermanos. Fadrique, el heredero de las tierras alemanas del linaje imperial de nuestra madre; el enfermizo de Femando, un muchacho pálido y sin otra expectativa que luchar por mantenerse vi-